

Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

—Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

—¿Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tu Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grutli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

—¿Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

—En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furts.

—¡Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

#### CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre había un joven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le había hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su joven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenía un negocio en la aldea de Brünnen, y dijola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la joven al oírle.

—¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause tal impresion.

—Conrado, respondió la joven, ¿no podrias dilatar este viage?

—Imposible.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Imposible.

—Entonces vete.

Conrado la miró.

—¿Serias celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

—Pero no, es imposible, continuó diciendo: pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

—Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

—¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en

medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

—¿Conoces á nuestro joven señor? Conrado.

—Si, sin duda, contestó éste arrugando las cejas. ¿Y bien!

—¿Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu muger.

—¿Y te ama? exclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

—Me lo ha dicho.

—¿Hace ya tiempo?....

—Si, y yo lo había olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

—¡Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!.... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el día de la venganza!

—¿A quién amenazas así? dijo Rosa. ¿Olvídas que es nuestro amo?

—Si, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no tengo el derecho de administrar justicia como él; al menos tengo el derecho de hacérmela yo mismo.

—Ya ves que tenía razon para temer, Conrado.

—Si.

—¿Entonces no te marcharás?....

—He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

—¿Me permitirás que te acompañe?

—Ya te he dicho que era imposible.

—¡Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

—Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debía de ir; nadie lo sabe: Yo no estaré ausente mas que hasta mañana al mediodía. Me creerán á su lado, y te respetarán.

—¡Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pie de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiendo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, estendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su*

tiranía; pidiendo á Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los pies de los tres gefes. Los conjurados gritaron entonces: «¡Gloria al Señor!» y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 1.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya mediodía, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess, y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oídos llevado por una ráfaga de viento: estremeciöse, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oír segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, por que aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino, precipitóse, pues, hácia el pueblo.

Apenas había dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una muger desgreñada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Había reconocido á Rosita.

—¿Qué tienes, querida mia? exclamó.

—¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

—¿Y por qué es preciso que huyamos?

—Por que ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú allí....

—¡Ha venido!

—Si, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola....

—¡Habla! ¡habla! pronto.

—Ha exigido que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

—¿Qué podia yo hacer, Conrado?.... Entonces me ha hablado de su amor.... ha puesto en mi sus manos.... entonces he huido llamándote en mi auxilio.... he corrido como una loca.... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis pies.

—¿Y él donde está ahora?

—En casa.... en el baño.

—¡Insensato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado?

—Espérame, Rosita, vuelvo....

Rosita cayó de rodillas con los brazos estendidos hácia el punto en donde Conrado había desaparecido. Así permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estatua de la oracion, despues se levantó de repente y

dió un alarido. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, por que no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino.... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, si no por la tuya!....

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habían llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

—¿Qué sangre es esa? le preguntó.

—La suya.... respondió Conrado.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anochecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse. Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecían estrellas caidas al suelo. Luego á los discordantes ruidos de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efimeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene tambien voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Así Conrado había seguido con inquietud

el vapor que empañando el espejo del lago, había comenzado á levantarse sobre la superficie, y que subiendo lentamente por el valle había ido á condensarse al rededor de la nevada cabeza del Axemberg. Había vuelto muchas veces ya los ojos con ansiedad hácia el punto por donde iba á salir la luna, cuando apareció pálida y rodcada de un círculo nebuloso que velaba su débil resplandor. De tiempo en tiempo soplaban algunas brisas que llevaban consigo un sabor húmedo y de tierra, y Conrado volviéndose hácia Occidente, y aspirándolas con el instinto de los lebreles, murmuraba en voz baja.—Si, si, os conozco bien, mensajeros de la borrasca, y os doy gracias al aviso, que no desaprovecharé. En fin, una bocanada de viento trajo los primeros vapores de los lagos de Neufchatel y de los pantanos de Morat: Conrado vió que era tiempo de partir, y se inclinó hácia Rosita.

—Amada mia, no tengas miedo, murmuró á su oído, soy yo que te despierto.

Rosita abrió los ojos y echó sus brazos al cuello de Conrado.

—¿En dónde estamos? dijo Rosita. Tengo frío.....

—Es preciso partir, el cielo está borrascoso á apenas tenemos tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach en donde hallaremos un abrigo: cuando haya pasado el huracan nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brunnen ó á Sissigen.

—Pues no perdamos un tiempo precioso, Conrado. ¿No valdria mas irnos en seguida al lago? Si nos persiguiesen.....

—Tanto les valdria buscar el rastro de un gamo, ó del águila, respondió con indiferencia Conrado. Está tranquila por eso, hija mia, vámonos, por que ya está encima la tormenta.

En efecto, oyóse un trueno lejano que recorrió con su estruendo las sinuosidades del valle y fué á perderse en los desnudos flancos del Axemberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no hay un instante que perder, huyamos, Conrado, huyamos.

A estas palabras, agarráronse de la mano, y corrieron tan á prisa como les permitia lo escabroso del terreno, en direccion á la gruta del Rikenbach.

Pero el huracan se había declarado al mismo tiempo que los primeros albos del dia, y se aproximaba bramando: de diez en diez minutos sureaban el cielo multitud de relámpagos, y bajando las nubes sobre la cabeza de los fugitivos les robaban por un instante la vista del valle, y desliziéndose por lo largo de la montaña, los dejaron impregnados de una fria y penetrante humedad que les helaba el sudor de su frente. De repente y en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece que reconcentra en sí todas sus fuerzas para la lucha que va á sostener, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, exclamó Conrado parándose.

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en la montaña, respondió Rosita.

Conrado la hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañés acostumbrado á adivinarlo todo, salvacion y peligros, por los mas leves indicios. Volviéronse á oír de nuevo los ladridos, Conrado se estremeció.

—Si, si, murmuró. Napft está de caza ¿pero sabes tú bien la caza que busca?

—¿Qué nos importa!

—¿Qué importa la vida á los que huyen para conservarla! Somos perdidos, Rosita: el infierno ha sugerido á esos demonios una idea: no sabiendo donde encontrarme han soltado á Napft y fiádose á su instinto.

—¿Pero qué puede hacerle creer....

—Escucha y observa con que lentitud se aproximan los ladridos, lo tienen atado para no perder la pista, pues de otra suerte Napft ya estaria á nuestro lado. Pero de ese modo tardarán mas de una hora antes de alcanzarnos.

Napft ladró de nuevo, pero sin aproximarse de una manera sensible, al contrario, hubiérase dicho que su voz se hallaba mas lejana que la primera vez que se había dejado oír.

—Pierde nuestro rastro, dijo Rosita con alegría; mira, la voz se aparta.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oye, oye. El violento estampido de un trueno interrumpió los ladridos que acababan de oírse mas de cerca, pero apenas se apagó el eco del trueno volvieron á oírse de nuevo.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, ¡huyamos hácia la gruta!

—¿Y ahora de qué nos servirá la gruta? Si antes de dos horas no ponemos entre los que nos persiguen y nosotros el lago, somos perdidos.

Diciendo esto la cogió de la mano y se la llevó casi arrastrando.

—¿A dónde vas, á dónde vamos? Mira que pierdes la direccion del lago, exclamó Rosita.

—Ven, ven, es menester que burlemos la astucia de esos cazadores de hombres. De aquí al lago hay tres leguas: si fuésemos á él en línea recta, antes de veinte minutos ya no podrías andar mas, pobre criatura; ven, ven.

Rosita sin responder recogió todas sus fuerzas y adelantóse rápidamente en la direccion que su marido había escogido; caminaron así casi diez minutos despues; de repente se hallaron á orillas de uno de aquellos barrancos tan frecuentes en las montañas. Aquel lo había producido un terremoto, en tiempos que hasta los bisabuelos habían olvidado ya, y un precipicio de veinte pies de ancho, y una lengua de largo casi formaba una profunda cintura á la montaña.

Era una de aquellas arrugas que anuncian

la vejez de la tierra, pero llegados allí Conrado dió un terrible grito. El frágil puentecillo que pasaba de uno á otro lado, se había roto por una roca que se había desplomado rodando desde la cima de Røstock. Rosita comprendió toda la desesperacion de aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, dejóse caer de rodillas.

—No, no, todavía no es hora de orar, exclamó Conrado con los ojos brillantes de alegría. ¡Animo, Rosita, ánimo! Dios no nos abandona enteramente.

Al decir estas palabras había corrido hácia un pino que las tempestades habían desnudado de sus ramas, y que vegetaba solitario y despojado á orillas del precipicio: había comenzado la obra de su salvacion, cortándolo con su hacha con toda su fuerza: el árbol, atacado por un enemigo encarnizado y mas poderoso que las tempestades, gimió desde la raíz hasta la punta; verdad es que jamás leñador alguno había descargado tan fuertes golpes.

Rosita animaba á su marido, escuchando al mismo tiempo los ladridos de Napft, que con estos contratiempos que los habían detenido ya se iba adelantando mas y mas.

—Animo, querido mio, le decia, ánimo, mira como tiembla el árbol ya, y se bambolea. ¡Oh cuán fuerte eres, Conrado mio! ya cae. ¡Dios mio! yo te doy gracias: ¡nos hemos salvado!

En efecto, el pino, cortado por su base, y cediendo al impulso que le había dado Conrado, había caído al través del precipicio, ofreciendo un puente intransitable para cualquiera que no fuese un montañés, pero muy bastante para el pie de un cazador.

—No temas nada, Conrado, exclamó Rosita lanzándose la primera, no temas nada y sígueme.

Pero Conrado, en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar el peligroso paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol para que no vacilase bajo las plantas de su querida.

Oíanse entretanto los ladridos de Napft ya distante un cuarto de hora apenas. Conrado, de pronto sintió que el movimiento que los pasos de Rosita imprimia en el árbol habían cesado, se aventuró á mirar, y la vió que tendiéndole los brazos le escitaba á que fuese á reunirse con ella.

Conrado se lanzó inmediatamente sobre aquel vacilante puente con paso tan firme como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á donde estaba su muger, volvióse, y de un puntapie arrojó el árbol en el precipicio. Rosita lo siguió con la vista, y al verle hacerse pedazos contra las rocas y rebotar de profundidad en profundidad, apartó los ojos y palideció. Conrado, al contrario, lanzó uno de aquellos gritos de alegría que arrojan el león ó el águila despues de una victoria: despues pasó su brazo en derredor de la cintura de Ro-

sita, y se internó en una de aquellas sendas por donde no pasan mas que las fieras. Sus perseguidores, guiados por Napft, llegaron cinco minutos despues á orillas del precipicio.

Entretanto la tempestad arreciaba, los relámpagos continuaban sin interrupcion, el trueno no cesaba un instante de retumbar, el agua caía á torrentes, los gritos de los cazadores y los ladridos de Napft, todo era perdido en aquel caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosita.

—No puedo andar mas, dijo, dejando caer los brazos y flaqueándole las rodillas, decia á su esposo:

—Huye solo, Conrado, huye, te lo suplico.

Conrado miró en derredor de sí para conocer á qué distancia se encontraba del lago, pero el tiempo era oscurísimo, y bajo el velo de la tempestad todos los objetos habían tomado un tinte tan uniforme, que le fué imposible orientarse; levantó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol había desaparecido como un rey arrojado de su trono por una conmocion popular. La pendiente del terreno daba á conocer bastante el camino que se debía seguir; pero en este camino era fácil encontrar alguno de aquellos accidentes en el terreno tan comunes en los montes, que solo pueden salvar las alas del águila ó las ligeras piernas de los gamos. Conrado dejó tambien á su vez caer sus brazos, y lanzó un gemido cual un atleta medio vencido.

En aquel momento, descendiendo de la cumbre del Røstock, se dejó oír un extraño y prolongado murmullo; la montaña osciló tres veces semejante á un hombre borracho, y atravesó el espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua hirviendo.

—¡Es una manga! exclamó Conrado, ¡es una manga!.... y cogiendo á su esposa entre los brazos, acurrucóse con ella bajo la bóveda que formaba una inmensa roca, apretando despues á su esposa con un brazo aferrándose con el otro á las asperezas de la roca.

Apenas se hallaron bajo aquel abrigo, cuando se estremecieron las ramas superiores de los pinos, movimiento que se comunicó despues á las ramas inferiores; un silbido que dominó al ruido del huracan se apoderó á su vez del espacio; el bosque se dobló cual un campo de espigas; oyéronse horriblosos crugidos; despues se vieron volar hechos pedazos los troncos de los árboles mas robustos; desarraigábanse unos, levantábanse otros como si la mano de un demonio les cogiese al pasar por la cabellera, y huían ante el soplo de la manga dando volteretas y rodando cual un tropel insensato de gigantesas y horribosas fantasmas. Encima de ellos un espeso monton de ramas hechas pedazos y matorrales volaban arrastrados por el mismo impulso, y debajo saltaban en torbellino millares de peñascos arrancados de la montaña como polvo. Afortunadamente la roca, bajo la que se habían abri-

gado, estaba unida por vínculos de siglos al inmenso esqueleto de la montaña, y permaneció inmóvil, protegiendo á los fugitivos, que hallándose en el centro mismo del huracán, signieron con espantada vista la marcha de aquel aterrador fenómeno que adelantándose en línea recta, y derribando todos los obstáculos se dirigió hácia Banen: pasó sobre una casa que desapareció con él, llegó al lago, separó la niebla en dos paredes que parecían sólidas, encontró una barca que sumergió, y fué á estrellarse contra las rocas del Axemberg, dejando el espacio que habia recorrido vacío y devastado como el cauce de un río que queda seco.

—Vamos, la manga nos ha abierto un camino, exclamó Conrado.

—Puede ser también que el huracán nos haya librado de nuestros enemigos, dijo Rosita reuniendo todas sus fuerzas para seguir á Conrado.

—Si, respondió este, si, si yo no hubiese arrojado el puente, porque se habrán hallado sobre la misma línea nuestra, y entonces es probable que hubiéramos visto pasar sus cadáveres por encima de nuestras cabezas: pero se han visto obligados á dar un rodeo para evitar el precipicio. La manga les habrá dado tiempo para alcanzarnos: mira ahí tienes la prueba..... mira.

En efecto, comenzaban á oírse los ladridos de Napft.

Conrado conociendo entonces que le faltaban las fuerzas á Rosita, la cogió en sus brazos y cargando con aquel peso continuó mas ligero aun que si ella le hubiese seguido á pie.

A las pocas palabras que hablaron en voz baja los dos esposos, se siguió un silencio de muerte de diez minutos. Conrado habia adelantado tanto que ya descubria ahora el lago á unos quinientos pasos al través de la lluvia y de la niebla: Rosita tenia clavados los ojos sobre el extraño valle que acababan de recorrer. De repente Conrado la sintió estremecerse, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría: eran los de los soldados que les perseguían, y que al fin los habian visto. Napft vino á saltar al lado de su amo, pues al reconocerle habia tirado con tanta fuerza que habia roto la cadena que le sujetaba: colgaban aun algunos eslabones en el collar.

—Si, si, murmuró Conrado, eres un perro fiel, Napft, pero tu fidelidad nos pierde seni que una traición. Ahora ya no es una cacería es una carrera. Desesperado entonces dirigióse Conrado en línea recta hácia el lago, seguido á trescientos pasos de distancia de ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba agitado como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningún barquero queria arriesgar la vida por salvar la suya.

Conrado corria como un loco, llevando siem-

pre en brazos á Rosita medio desmayada, y que á voces pedia protección, perseguido siempre por los arqueros que á cada paso se adelantaban en su alcance.

De repente saltó un hombre desde una roca al camino.

—¿Quién pide socorro? preguntó.

—Yo, yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que aquí veis. ¡Una barca, por Dios, una barca!

—Venid, dijo el desconocido saltando á una barquilla que estaba amarrada á una argollita.

—¡Oh! sois mi salvador.

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por los hombres; Dios me ha traído á vuestro encuentro; dirigidle vuestras acciones de gracias y sobre todo vuestras oraciones, porque vamos á tener necesidad de que no nos pierda de vista.

—Pero al menos es preciso que sepais á quien salvais.

—Estais en peligro; no necesito saber mas: venid.

Saltó en la barca Conrado y colocó en ella á Rosita.

El desconocido desplegó una pequeña vela y colocándose en el timón, desató la cadena que sujetaba la barca á la orilla. Inmediatamente se lanzó saltando de ola en ola, animándose al soplo del viento como un caballo con la espuela y la voz de su jinete. Apenas se hallaban los fugitivos á cien pasos del punto de donde se habian embarcado, cuando llegaron los arqueros.

—¡Venis demasiado tarde, mis amos! murmuró el desconocido; ahora estamos fuera de vuestras manos; pero no es esto todo, continuó volviéndose á Conrado. Echaos, jóvenes, echaos. ¿No veis que echan mano á los arcos? Una flecha es mas ligera que la mejor barca aunque se la lleve el demonio de la tempestad misma. Boca abajo os digo, boca abajo al instante. Conrado obedeció. Al mismo tiempo se dejó oír un silbido sobre sus cabezas. En el mástil de la barca quedó clavada temblando una flecha; las otras fueron á perderse en el lago.

El extranjero miró con reposada curiosidad la flecha cuya acerada punta se habia clavado enteramente en el mástil.

—Si, si, murmuró á media voz, en nuestros montes, se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de roble: si la mano que los maneja y el ojo que dirige la flecha que arrojan, estuviesen mas ejercitados, podria dar cuidado el servirles de blanco: ademas no es cosa fácil alcanzar al gamo que corre, al pájaro que vuela, ó á la barca que surca las olas. Volveos á echar, jóvenes, que nos mandan otra segunda descarga.

En efecto, clavóse una flecha en la proa, y atravesando otras dos la vela se quedaron enganchadas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente.

—Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podéis sentaros en los bancos de la barca como si estuvieseis en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecía tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una media hora despues de haber saltado en la barca Conrado y su muger desembarcaban en la opuesta orilla. Napft á quien habian olvidado los habia seguido á nado.

Antes de separarse del extranjero pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grutli; pero á la primera palabra le detuvo el extranjero.

—Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, exclamó Rosita, decidnos cual es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

—Si, si, vuestro nombre, dijo Conrado, no tenéis motivo alguno para ocultárnoslo.

—No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Flulen.

#### GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al bailio Herman Guessler de Brounig un mensajero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió orden de que le hiciesen entrar.

El mensajero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino,

gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdicción de Guessler. El bailio prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnición de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugiándose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensajeros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altprf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo, y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fé y homenaje; entonces despidió á los mensajeros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadia era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres dias despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenian atado. Cumplida esta orden, el cazador que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

—¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?

Arnoldo de Mechtal.

